

Cuando el primer destacamento americano, un batallón motorizado, llegó a primera hora de la tarde del 29 de abril a las puertas de Dachau, Andrés Vilar no supo si debía alegrarse. Sospechaba desde hacía algunos meses que estaba perdiendo la razón. Lo único valioso que creía conservar, la razón. Había alcanzado el convencimiento de que el tipo que a duras penas conseguía arrastrar los pies por aquel lodazal no era el mismo hombre alto y erguido que atravesó la alambrada muchos meses atrás.

Un oficial americano muy joven que apenas conseguía sobreponerse a la náusea que le provocaba la contemplación de tanto horror, miró largamente a Andrés y descansó en él la vista. En torno a ellos se organizaba la largamente esperada ejecución de los verdugos.

- Camina derecho, Andrés. Camina derecho que no tienes de qué avergonzarte – le repetía su padre desde que apenas levantaba dos palmos del suelo.

Y así lo había hecho él durante toda su vida. Había enderezado su largo espinazo de chaval alto y desgarrado y había caminado derecho. Pero el 29 de abril, con los pies envueltos con trapos, sorteando los charcos, y vestido con toda la ropa que había conseguido reunir cuando los vigilantes dejaron de perseguir a los que despojaban de sus prendas a los cadáveres, Andrés no conseguía mantener la espalda firme ni enderezar los hombros. No era vergüenza, ni fatiga ni cobardía, no era un hombre fácil de amilanar. Había sido aquel invierno terrible que parecía no acabar nunca y que perduraba en su cuerpo mediada ya la primavera del 45.

Conforme avanzaba el frío y el barro deformaba las sombras de los deportados convirtiéndolas en siniestros monigotes dibujados por el trazo tembloroso de un borracho, Andrés había comenzado a advertir ligeras discordancias entre la silueta que le devolvía el suelo encharcado por el deshielo y el hombre joven y bien formado que

recordaba haber sido meses atrás. La desconocida figura que caminaba tras él cuando abandonaba el barracón y que se adelantaba a su paso según avanzaba el día, había empezado a convertirse en la obsesión en la que naufragaban todos sus pensamientos. Había dejado de identificar su propia sombra que siempre se le antojó la de un adolescente escuálido y alto como torre de campanas. Recordar que durante los primeros días y vestido con las ropas de deportado le parecía, siempre según su sombra, que caminaba en pijama. Recordaba también cómo había asistido a la progresiva inclinación de su espalda. *Camina derecho*, se había repetido centenares de veces mientras arrastraba un saco o empuñaba una pala. Pero su espalda, vencida por el esfuerzo y el hambre, se encorvaba más cerca cada vez de aquel barro que tanto le asqueaba.

Su proyección en el suelo había llegado a ser la de un hombre vacilante y famélico que anduviera con los hombros casi juntos, como si tuviera algo que ocultar. Una mancha en el lodo que evolucionaba con la lentitud impropia de un hombre joven. Una sombra consumida y menguante presidida por un cráneo al que le hubieran brotado unas orejas grandes y alargadas, como las alas recogidas de un cuervo o las de un murciélago dormido. Los extensos barrizales bávaros en los que se hundían los pies medio descalzos de los hombres a exterminar, hurtaban los perfiles a las sombras, las hacían temblar, como electrocutadas engañando a los ojos. Por eso Andrés desconfiaba de su sombra.

Hacia mucho tiempo que no había tenido ocasión de contemplar su semblante ni de enfrentar la magnitud de los cambios experimentados por su cuerpo durante los últimos meses. Tan sólo había conseguido vislumbrar breves retazos de su rostro en un espejito de mano de pocos centímetros que Serguei, un relamido arpista ruso, había conservado hasta su muerte y que Andrés guardaba ahora entre la paja de su jergón. Por

mucho que seguía intentándolo el espejo era tan diminuto que apenas había conseguido ver su nariz, uno de sus ojos – nunca ambos a la vez-, su barbilla o una de sus sienes. Había descubierto que algunas canas blanqueaban su cabeza y que una barba rala desmejoraba sus mejillas, pero casi no conseguía distinguir las pestañas que recordaba oscuras y pobladas.

Los soldados americanos, como el oficial que miraba respetuosamente a Andrés, habían liberado el campo cargados de buenas intenciones, pero escasos de provisiones con las que atajar el hambre. Les entregaron, con frases ininteligibles que sonaban a aliento y a tierra mojada, algo de pan y un trozo de tocino, una manta limpia y una escudilla de leche caliente y demasiado azucarada cuyo sabor le desagradó. Le recordó días mejores, largas tardes pasadas junto a su madre haciendo chapotear en la leche las ásperas galletas de harina tostada.

Andrés no dejaba de observar de reojo la maldita mancha oscura que le recordaba que había envejecido, que había menguado hasta no reconocerse. Advertía en su sombra una espalda inclinada que no identificaba y una mano huesuda que tampoco podía pertenecerle.

Con la manta sobre los hombros había dejado de sentir frío. *Camina derecho, Andrés, camina derecho*, se dijo e intentó erguir la espalda. Ayudándose de cuatro gestos torpes pidió permiso al oficial americano para entrar en uno de los edificios desde el que los alemanes habían dirigido el campo. Haciéndose entender entre los soldados en un mal francés atravesó, una tras otra, varias estancias expoliadas primero por los guardianes que decidieron huir y devastadas posteriormente por la ira y la desesperación de los supervivientes. Por todas partes se advertían los cristales rotos, las puertas desencajadas y los cables arrancados. Una pura ruina.

Andrés sabía lo que buscaba y era tanta la urgencia que los pies le obedecían como si de pronto no necesitaran arrastrarse. En el vestidor personal de alguno de los responsables del campo encontró lo que andaba buscando, una luna grande y cuarteada en la puerta sin goznes de un armario abierto.

Se acercó con el corazón enloquecido por la aprensión. Se despojó de la manta, enderezó la curvada espalda y se aproximó al espejo. Con un vuelco de su estómago distinguió unas manos titubeantes que se acercaban a una boca en la que faltaba ya algún diente y unos dedos largos y escuálidos como sarmientos que se agitaban involuntariamente y que eran puro hueso. El pelo crecía formando unas manchas irregulares de color pardo que ensuciaban la superficie de su cráneo y que le daban el aspecto de un enfermo grave. Sin la manta su cuerpo consumido apenas daba forma a sus ropajes. Era todo su cuerpo el que parecía haberse arrugado, como si hubiera encogido. Las piernas, que fueron fuertes un día, parecían las de un niño raquítico, y los ojos, sin pestañas, los de un viejo. Pero aquellos eran sus ojos y eran sus manos las que revoloteaban en el aire y su cabeza la que ahora rozaba con sus dedos. También le pertenecían los huecos dejados por sus dientes.

Se probó unas botas grandes y en buen estado que encontró olvidadas bajo el somier. Y, aunque bailaban en sus pies descarnados, sintió el alivio de haberse librado del barro y de la humedad. Cogió también una camiseta gruesa y sucia que alguien había olvidado detrás de la puerta y la escondió bajo su manta.

Antes de abandonar la alcoba Andrés Vilar se acercó de nuevo hasta el espejo. Contempló sus piernas de alambre emerger de las gruesas botas alemanas y sonrió. Se reconcilió como pudo con aquella sombra esperpéntica que ahora era la suya y sintió el íntimo consuelo de no saberse loco.